

pero también el Fuero Real de España, hasta este momento inédito. Y, por si fuera poco, los proyectos y los estudios previos confirman el visceral vínculo entre constitucionalismo y liberalismo, y de ambos con la secularización y la laicidad.

Juan Fernando SEGOVIA

**Daniel Kelly, *Living on fire. The life of L. Brent Bozell, Jr., Wilmington, ISI, 2014.***

El autor –como recuerda el prologuista– no conoció al biografiado. Sólo escuchó una vez uno de sus discursos. Y quedó impresionado. Ese es el punto de partida. Porque, en segundo lugar, se trata de alguien que había indagado a fondo el mundo del «conservatismo» estadounidense para su anterior (y celebrado) libro sobre James Burnham. De ahí que no sorprenda, pese a todo, que se trate de una biografía excelentemente construida.

Su infancia y juventud, su liderazgo universitario, su conversión al catolicismo, su amistad con Bill Buckley (con cuya hermana Patricia se casará), su primer éxito publicístico con un libro equilibrado en defensa (aunque parcialmente crítico en sus métodos destaca el acierto de su posición anticomunista) del senador McCarthy, la defensa legal de éste cuando se produjo la censura del Senado y su apoyo político posterior, su conversión al periodismo en 1955 con la participación en el naciente semanario conservador (dirigido por su cuñado Bill Buckley) *National Review* (en adelante NR), todo ello está admirablemente expuesto, con agilidad y penetración.

Pero NR buscaba una gran coalición de la derecha, de modo que era a la vez incluyente y excluyente. Lo segundo con el racismo, el antisemitismo o el «conspiracionismo»; lo primero respecto de diversas formas «respetables» de derecha: anticomunistas de estricta observancia, anti-estadistas, entusiastas del libre mercado, sudistas agrarios y hasta tradicionalistas. El enemigo común: la izquierda. Que en Estados Unidos se llama liberalismo. Lo que nosotros llamamos así es libertarianismo para ellos.

A juicio de Bozell en la política de los Estados Unidos de los años 50 del siglo XX había que distinguir entre una mayoría de la población sanamente conservadora que se notaba políticamente en el Congreso y un *establishment* liberal que controlaba el gobierno federal y, sobre todo, los tribunales (a comenzar por el Supremo). Por eso dedicó uno de sus libros más importantes a denunciar eso que luego se ha difundido con el nombre de activismo judicial (*The Warren Court*). El libro tuvo un parto difícil, pues no apareció hasta el otoño de 1966 aunque sus preparativos son de casi un decenio antes. Pero Brent siempre tenía otro proyecto que anteponer. El resultado final fue un libro en lo esencial perteneciente a su etapa Buckley, si bien con algunos anticipos de su etapa *Triumph*. Las críticas fueron pocas y no excesivamente entusiastas. Pero no cabe duda de que en la tesis de que la revisión judicial de las leyes, introducida primero (Marshall) y radicalizada después (Warren) por la Corte, equivalía a la supremacía judicial, había mucho de original y agudo.

Va a iniciar también una carrera política que fracasa. En las elecciones de 1958 a la legislatura de Maryland no supera las primarias, aunque en 1959 se convierte en el autor del libro que firma el nuevo héroe del conservatismo, Barry Goldwater, a la postre marginado por el propio Partido Republicano sin que el interesado se revoliera. La operación, sin embargo, lanzó al estrellato a un Brent Bozell que ya era conocido por sus peripecias anteriores. Tras un primer movimiento de indignación por la retirada de Goldwater, Bozell volvió a colaborar con él, aunque rechazó escribir un segundo libro para él.

En 1960, en medio de la operación Goldwater, plantea a su mujer irse a España para terminar el libro hacía tiempo iniciado y nunca terminado sobre «la corte Warren». A la sazón estaba en España uno de sus cuñados y también su amigo Frederick D. Wilhelmsen, conocido como Fritz. Éste, como su antiguo profesor Wilmoore Kendall, era hispanófilo convencido. Según explicó años más tarde la religión determinó su decisión, pues se hallaba «en busca de un ideal de catolicismo integral». La vida en España, además, era barata. Y ofrecía algo nuevo tras los últimos cinco años de desempeñar la misma actividad en una misma ciudad. Fritz iba a desempeñar en

esta nueva etapa de Brent lo que su cuñado Bill Buckley había supuesto en los años de Yale. En enero de 1961 se instaló en una casa de campo en El Escorial. Admiraba el paisaje, la gente y la ubicuidad de lo católico. Pero, a diferencia de su mujer, no aprendió español. La familia sufrió también la vida más austera y con menos comodidades respecto a los Estados Unidos. Fritz los llevó a la romería de Montejurra de 1962 y los Bozell quedaron hipnotizados y el asombro les duró toda la vida. Simbolizaba su «reino mágico», a medio camino entre la historia y la mitología. Y su pensamiento político comenzó a cambiar. Los restos del orden social cristiano le impresionaron grandemente y el concepto de Cristiandad le arrebató. El lema Dios-Patria-Rey había comenzado a ser el suyo. La teología transfundía sus análisis políticos. El comunismo seguía siendo el enemigo, pero la perspectiva era ahora teológica. Pues, al igual que el liberalismo, no eran sino formas del gnosticismo constitutivo de las ideologías. Al que debía oponerse la Cristiandad. Se evidenció en un importante discurso pronunciado en marzo de 1962 en el Madison Square Garden de Nueva York, para el que abandonó su retiro español, y que pese a la dificultad y la excesiva duración puso al auditorio en pie. Y también en un artículo publicado en septiembre del mismo año en NR, titulado «Freedom or virtue?», que mostraba una mutación en su teoría política. Su gran amigo Frank Meyer había criticado a los tradicionalistas que cifran en el crecimiento de la virtud la finalidad de la política su olvido de que la libertad es una condición previa necesaria. De modo que el fin primario del gobierno debiera consistir en el sostén de la libertad. Antes de su marcha a España, Bozell hubiera estado de acuerdo. Pero desde El Escorial las cosas se veían de otra manera. El viejo libertario era ahora tradicionalista. Y quería ayudar a construir la Cristiandad en los Estados Unidos. Su mujer, además, había empezado a tener un problema con el alcohol y amenazaba con envenenar su relación. Había llegado, pues, el momento de regresar a casa. En febrero de 1963 volvieron la mujer y los hijos pequeños, mientras que él y los mayores esperarían al verano. Pero, sin embargo, la «etapa Buckley» (la de su conversión al conservatismo y su colaboración con su cuñado en NR) iba a terminar. Estaba emergiendo la «etapa *Triumph*». Los cimientos estaban

puestos. Pero la construcción se iba a demorar algunos años. Hasta 1966. Hasta entonces seguiría una coexistencia entre restos de la etapa anterior con materiales de la que despuntaba.

Bozell volvió al círculo más estrecho de NR. Volvió a trabajar en su olvidado libro sobre el tribunal Warren. Que salió en otoño de 1966. Volvió a la política y de nuevo no superó las primarias para acceder al Congreso. Pero se sentía cada vez más ajeno a ese mundo. De ahí que las disensiones con la línea de NR fueran cada vez más frecuentes y violentas. Dificil situación respecto de Bill Buckley, su cuñado y primer mentor. La discusión sobre el aborto entre ambos en 1965, a propósito de la declaración conciliar de libertad religiosa, que se hallaba en sus últimos estadios, fue definitiva. Brent quiso dejar su condición de editor senior de NR, sus deseos de carrera política, su condición de asesor de Goldwater... Incluso su casa de Washington. Se fue a Virginia, al campo. Y a su casa la llamó... Montejurra. Era octubre de 1965. Y ya tenía puestos la mente y el corazón en otra cosa. La llamaba la «Causa católica». Y el desarrollo del II Concilio Vaticano sólo reforzaba su decisión. Fue *Triumph*. La idea, claro, surgió de Brent Bozell y Fritz Wilhelmsen durante su estancia española. Pero el plan de acción sólo vino tras el regreso (de ambos) a los Estados Unidos. Antes de su experiencia hispana hubiera podido resultar una NR católica. Pero después... Incluso pudo haberse llamado, así, en español, «La Inquisición». No cabe duda de que además de ciencia y arrojo tenían sentido del humor.

Se puso manos a la obra, al modo de los Estados Unidos, con un comité para la obtención de fondos, integrado por Wilhelmsen, Thomas Molnar, Francis G. Wilson y Russell Kirk, con Mike Lawrence como secretario. Mandaron una primera carta de tono político dirigida a los conservadores, seguida de una segunda más marcadamente católica que apelaba a la Cristiandad (que había descubierto en España). Se trataba de obtener 100.000 \$. A finales de 1965 los tenían. El nombre, *Future*. Los redactores jefes Bozell, Wilhelmsen, Molnar y John Wisner. La secretaria de redacción Patricia Buckley. Interesaron a notables escritores católicos, el famoso historiador inglés Christopher Dawson prometió su colaboración y el arzobispo de Nueva Orleans

se comprometió a interesar a un grupo de obispos. Pronto surgió una dificultad: la Cámara Juvenil de Comercio, que tenía un órgano llamado *The Jaycees' Future*, amenazó en junio de 1966 con demandarles si no cesaban en la utilización de un título «tan parecido». La cosa era evidentemente absurda, pero prefirieron no pleitear. En septiembre de 1966, pues, el non nato *Future* salió del seno materno como *Triumph*. La idea era la misma, la visión confiada en último destino del cristianismo, pero con un toque provocador añadido: evocaba el «triumfalismo» odiado por los liberales. Se distribuyeron 7.000 ejemplares. Y esperaban crecer a un mínimo de 500 más al mes. Además la publicación iba a constituirse en la voz de un movimiento: el *Christian Commonwealth Institute* y la «tribu» (singular organización que evocaba la resistencia última) de «los hijos del Trueno». Su uniforme: la camisa caqui y la boina roja de los requetés, precedidos de cristóforos como en los Tercios de la guerra del 36, y con «Viva Cristo Rey» (en español) como grito de guerra.

La revista y la «tribu» fueron obra principal de Bozell. Kendall y Kirk desaparecieron pronto, pues Kendall falleció y Kirk se evaporó. Sólo Wilhelmsen tuvo un influjo tan importante como el de Bozell. Pero vivía en Dallas, tenía compromisos docentes y no andaba sobrado de dinero. La función de la revista –le dijo Bozell a Kirk– es ser la hoja cortante de las herejías de nuestro tiempo. Esto es, de la cultura occidental tecnocrática, materialista y completamente anticristiana. Pese a tener algunas cosas formales en común y compartir algunos colaboradores, *Triumph* no buscaba ser una NR católica sino más bien distinguirse de NR. Relación un tanto esquizofrénica, reflejo de la relación entre Bozell y Buckley. Brent estaba horrorizado con la nueva misa (*hootenmany mass*, esto es, una especie de fiesta con cantantes de folk e intervención espontánea del público, la llamaba). Y la nueva catequesis tan desmayada como la nueva liturgia. También la enseñanza católica había dejado de enseñar el catolicismo para profesar el americanismo (como sinónimo del liberalismo laicista). Esa comprensión le hizo aparecer a los ojos de los conservadores, que eran y son americanistas por lo general, como un enemigo de los Estados Unidos. A su hija Kathy de hecho la mandó a España para estudiar el Bachillerato. Y a otros amigos. Que

luego iban a la Universidad de Dallas a estudiar con Wilhelmsen. Pero, en combate con la nueva Iglesia y los Estados Unidos a la vez, el movimiento y la revista fueron decayendo.

Su personalidad generosa y bienhumorada fue perdiendo su *allure*. Y el tener que defender la autoridad frente a los excesos liberales, al tiempo que se veían impulsados a resistir muchas orientaciones de las autoridades (incluida la papal) respecto a la Misa o el ecumenismo, le fueron minando. Sus últimos años, tristes, con depresiones profundas seguidas de crisis maníacas, conviviendo con vagabundos a los que evangelizaba, tiene –como toda su vida– gran dignidad y grandeza.

Hasta aquí la apretada síntesis de un libro de extraordinario interés. En la que hemos destacado los elementos de conexión con el tradicionalismo hispánico. El autor, que no oculta su extrañeza, aunque lo haga delicadamente, no alcanza a comprender del todo las opciones del biografiado. Por eso tiende a disminuir el peso de las motivaciones religiosas en las decisiones vitales o políticas de Bozell (en su ida a España y en su vuelta a los Estados Unidos por ejemplo). Lo creo un error. Sin que eso excluya la concomitancia de otros motivos. Para nosotros, que conocíamos desde el lado de Wilhelmsen las vicisitudes del carlismo estadounidense, de *Triumph* y del *Christian Commonwealth Institute* o de los *Sons of the Thunder*, el libro ha sido un verdadero descubrimiento. Que nos permite admirar la vida y la obra del carlista Brent Bozell.

Manuel ANAUT

**Victor M. Salas, and Robert L. Fastiggi (ed.), *A companion to Francisco Suárez*, Leiden – Boston, Brill, 2015.**

Desde hace años la editorial holandesa Brill viene publicando una serie de manuales y textos de referencia sobre tradición cristiana en relación a la vida intelectual y religiosa en Europa entre el 500 y el 1800. El que comentamos es el volumen 53 y está dedicado al jesuita español Francisco Suárez, reputado teólogo, metafísico y escritor político, cuya fama ha sido reimpulsada en los últimos años.